

El verano chilote del choroy

Maurice Peña
Fundación Senda Darwin



Súbitamente el largo silencio invernal es interrumpido un día de octubre, por unos gritos estridentes que provienen detrás de los árboles. El sonido se desplaza rápidamente, pero es imposible ver a los protagonistas de tal bullicio. "¡Han llegado los loros!" - exclama Don Carlos- mientras esta picando unos cuantos palos de tepú para calentar su casa a orillas del lago Cucao. Serán 5, 10, 20, 60...

difícil saberlo mientras no aparezcan por el cielo. Pero es asunto de segundos, cada vez se hace más fuerte - Albertina, su mujer, también se asoma a la terraza para escuchar - están ahora tan cerca que casi se puede individualizar cada grito... cuando de repente, sobre la cima de los coigües chilotos, surge una bandada de 6 choroyes. Estos gritos no dejan indiferente ni a Carlos ni a su mujer y saben que desde ahora y por varios meses más, los loros los acompañarán en el diario vivir.



Fotografía: Iván Díaz

Son los primeros días de octubre y los loros choroy han vuelto a la Isla Grande de Chiloé, después de haber pasado el invierno en el continente. Al principio, son

sólo unos cuantos quienes rompen el silencio del campo, que hasta ahora pertenecía a una pareja de queltehues instalada durante el invierno en un campo vecino. Pero rápidamente las bandadas van tomando "volumen" con los nuevos individuos que siguen cruzando el mar interior de Chiloé. Al mes siguiente, las bandadas ya no son de 10 o de 15, sino que alcanzan fácilmente los 80

a 100 individuos. Se juntan, vuelan, gritan, se desplazan de un bosque a otro, van y vuelven... se adueñan del espacio aéreo. A contar de la primera llegada y durante las seis semanas siguiente, los choroyes no pueden aguantar el expresar su comportamiento social y hacerse oír durante todo el día, desde el amanecer hasta el último rayo de luz.

Al llegar a la segunda mitad del mes de noviembre, las cosas cambian, y las bandadas que

eran omnipresente se hacen escasas y rápidamente se observan sólo parejas o grupos de unos cuantos individuos: empezó la nidificación. Al igual que la mayoría de los loros, el choroy necesita una cavidad natural en un árbol donde poner sus huevos y criar sus pichones. El coigüe, especie típica de los bosques nativos de la isla, es ideal porque presenta cavidades amplias y numerosas que generalmente se forman donde se ha roto una rama después de un temporal. El árbol escogido para establecer el nido será de preferencia un ejemplar de acceso fácil; con una cavidad ubicada a unos 18-20 metros de altura, justo debajo de la copa, para tener una vista despejada de los alrededores y así poder advertir la cercanía de cualquier depredador. La hembra colocará entonces los huevos que incubará por un mes aproximadamente. Se viene acercando la navidad cuando nace el primer pichón ciego y casi desnudo. Los adultos seguirán muy presentes y atentos hasta que eclosione el último de los huevos. Rápidamente, un denso plumón cubrirá la totalidad de su cuerpo que le permitirá mantener su temperatura corporal, sin la ayuda de sus papás. Luego van apareciendo las plumas en las alas, la cola, la cabeza y el pecho. Durante todo el tiempo que dura la nidificación, los adultos gritan poco,

se vuelven discretos y el silencio del bosque contrasta con lo bullicioso que era tres meses atrás; como si el choroy entendiera que para favorecer la sobrevivencia de su nidada, hay que permanecer desapercibido, para no atraer a potenciales depredadores.

En los últimos días del mes de enero empieza la tercera fase: los pichones, ahora muy parecidos a sus padres con plumas de un verde intenso, y su cola y máscara de color escarlata, van dejando uno por uno el nido. Seguirán por varios días más, bajo la protección de sus padres, descubriendo su nuevo entorno y los peligros que les esperan en su nueva vida. Las bandadas nuevamente van creciendo y sus avistamientos se hacen más frecuentes. Dentro del bosque, sus gritos ahora se suman a los de los chucaos, hued hued y rayaditos.

En marzo y abril, los agrupamientos pueden ser extraordinariamente grandes, como si todas las familias de loro de varios bosques alejados se hubieran dado cita en sectores precisos de la Isla Grande; se esta preparando algo... algo que me hace recordar a las golondrinas, que se agrupan justo antes de la migración, para desaparecer de un día para el otro.

Abril está bien avanzado, el agradable calor de enero ya está lejos, las flores del ciruelillo y del espinillo negro, con las cuales se deleitaba nuestro loro, ya son sólo recuerdos... ha llegado la época de los frutos. Dicen del choroy que su pico extremadamente largo es resultado de su adaptación para abrir y consumir los piñones de la araucaria... ¿Sería esa la razón que lo atrae nuevamente al continente? ¿Qué habrá allá que no exista en Chiloé? ¿Le habrá gustado su estadía en la isla? ¿Volveremos a verlo la próxima temporada? Seguramente que hace miles de años que el loro Choroy hace este viaje anual, y sólo él tiene las respuestas. Lo seguirá haciendo por mucho tiempo más... a menos que por alguna razón no encuentre lo que viene a buscar. Depende de nosotros aceptar y aprender a vivir junto a ellos. Los grandes y viejos coigües son su casa y el bosque es su jardín, cuidemos y valoremos este bosque nativo que lo acoge desde tiempos inmemorables.



www.sendadawin.cl
www.ieb-chile.cl

Fundación Senda Darwin, Cruce Quilar s/n, Comuna de Ancud.

A
N
A
L**I****B****R****O****S**
U
Z

LIBROS
CAMBIO Y VENTA
LIBROS USADOS
ARTESANIA
MUSICA
LITERATURA
CHILOTA

GALERIA LOS TRONCOS
PUDLIO 243 LOCAL 4
FONO 620377 - ANCUD